

en el desmoronado castillo que la domina flotaba al viento el pendón de los trece roeles. Pero Bonilla, población famosa, colocada en triángulo y casi equidistante respecto de las otras dos á la parte del norte, dependía ya de diversa jurisdicción: señor temporal de ella y de ocho lugares adjuntos era desde remotos tiempos el obispo de Avila (1); y su palacio, situado al este junto á una de las dos puertas de la villa y flanqueado de cuatro cubos, manifiesta aún en el doble arco con rastrillo y en la cuadrada y belicosa torre su primitivo carácter de fortaleza. En él terminó precozmente sus bien empleados días en 3 de setiembre de 1455 el inmortal Tostado, y no fué el último prelado á quien sorprendió la muerte en aquella residencia (2). Dentro de los muros episcopales halló seguridad Juan II con su fiel pero escasa comitiva, cuando Salamanca le echaba de su albergue, cuando Avila le cerraba las puertas; y allí en el corazón de la sierra pasó el rigor del invierno de 1440, desde la entrada de febrero hasta la salida de abril, sin poder llegar á términos de avenencia con la liga acaudillada por los infantes de Aragón, que desde Madrigal y estrechándole al rededor con armas, pretendía someterle á su yugo só color de emanciparle del de su privado.

Queda aún á Bonilla una buena parte de la cerca en que confió el monarca, y al oeste la puerta por donde entró, ceñida de matacanes, levemente apuntada en el arco, y construída en la primera mitad del siglo XIV, dado que los seis roeles de su escudo sean los que usaba por blasón el esclarecido obispo don Sancho de Avila. Más agreste la naturaleza, más lóbregas las calles, hacen echar de menos la amenidad de Piedrahíta; en cambio, monumental cual ninguna de las del distrito y bella por el color de los sillares, campea en medio de su plaza la parroquia de san Martín, terminando en festoneadas pirámides sus salientes estribos, avanzando sus caprichosas gárgolas, luciendo en

(1) Véase atrás pág. 348.

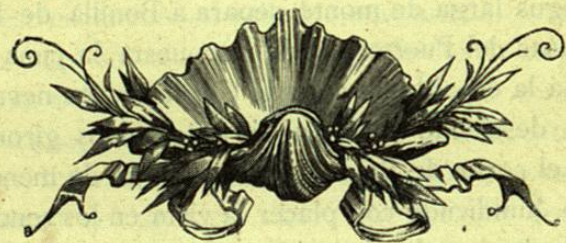
(2) En Bonilla murieron don Martín de Vilches en 1469, don Pedro Fernández Temiño en 1590, y fray Diego Fernández de Angulo en 1700.

los entrepaños sus gentiles ajimeces y levantando su cuadrada torre con dos ventanas semicirculares por lado. Tiene á los costados las puertas, de bocelada ojiva, orladas de colgadizos, medidas entre agujas de crestería nada impropias de la época del Tostado, de quien parece ser el escudo con banda diagonal que adoptó por divisa. Su nave única y anchurosa desenvuelve cinco bóvedas de cañón ojivales divididas por labrados arcos, y concluye en ábside de crucería cuyo fondo ocupa un barroco retablo, al cual se pasaron en 1688 varias tablas del primitivo referentes á la vida del santo. El coro está en alto á los piés del templo sobre dos arcos escarzanos sembrados de serafines, por bajo de los cuales se entra á la capilla de san Miguel, de forma cuadrada, alumbrada también por ajimeces y cercada de hornacinas, que ha conservado mejor su retablo de pinturas del siglo XV con la figura del arcángel en el centro. No menos interesante lo debía contener otra capilla de la izquierda, mas sólo da lugar á deducirlo por su fecha de 1433 y por el nombre del que la fundó (1).

Una legua larga de monte separa á Bonilla de la carretera y de las casas del Puerto, donde traspuesta la cima del mismo y dejando á la espalda el valle de Corneja y las nevadas sierras del Barco, desciende cuesta abajo en rápidos giros el viajero mecido en el coche de Béjar y sin echar ya de menos el trote del caballo, hundiéndose con placer la vista en los senos y barrancos que á cada revuelta se le ofrecen tapizados de verdura. Al pié de la altura á que da nombre está Villatoro, pueblo de otra línea de Dávila señores de Navamorcuende, cuyos son acaso los seis roeles esculpidos sobre la puerta de la parroquia que en su capilla mayor y crucero demuestra góticas reminiscencias. Allí empieza el pintoresco valle de Amblés, continuado por más

(1) Exprésanse en la siguiente inscripción puesta encima de dos nichos: *Esta capilla mandó fazer Lope Alvarez de Guzman sobrino de don Juan de Guzman de buena memoria obispo de Avila, el empezóse (la palabra no está bien clara) año de mil e CCCC e XXX e III años.*

de siete leguas en dirección á levante hasta muy cerca de Avila, entre dos cordilleras accidentadas aunque desnudas de arbolado, la del mediodía harto más alta que la del norte y perfilada á menudo de nieve bajo el ardiente sol de junio: su mayor anchura no excede de legua y media, y por él corren á la izquierda el camino, á la derecha el Adaja recién nacido en aquellas cumbres ambos con rumbo á la ciudad. Á un lado y otro desfilan multitud de lugares y caseríos con sus rojos tejados y sus iglesias semi-góticas del siglo xvi, Amavida, el aislado convento de agustinos del Risco, Muñana, Santa María del Arroyo, Muñogalindo, Pa-diernos, Muñopepe, el Fresno, la Serrada; parecen batidores destacados de la majestuosa escolta de torres que en el horizonte se divisa.



CAPÍTULO VII

Arévalo, Madrigal



En la puerta occidental de Avila vuelve el río á encontrarse con el viajero para acompañarle en su segunda jornada por las llanuras de la provincia, de más cerca ó de más lejos como en el expresado valle de Amblés, pero sin apartarse jamás notablemente de su ruta y siempre en línea recta hacia el norte por espacio de nueve leguas, hasta reunírsele otra vez en Arévalo, ilustre cabeza de dilatado territorio. Sin embargo, la rapidez del tren por la vía férrea asentada largos trechos junto á sus márgenes no consiente detenerse en las estaciones de Mingorría, de Velayos, de Sanchidrián, de Adanero título de condado, para reconocer su inexplorado suelo, ni menos buscar recuerdos de los últimos instantes de Alfonso VIII en la humilde aldea de Gutierre Muñoz, tan oscura aún hoy día como lo era al tocarle casualmente la triste honra de ver morir al héroe de